

SOLEDAD CORREA



*Omnis peregrinatio (...) obscura et sordida est:*  
estrategias de autofiguración de un *nouus homo* en  
*Epistulae ad Atticum* y *Epistulae ad Familiares*  
de M. T. Cicerón



Correa, Soledad

Omnis peregrinatio (...) obscura et sordida est : estrategias de autofiguración de un nouus homo en Epistulae ad Atticum y Epistulae ad Familiares de M.T. Cicerón . - 1a ed. - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2013.

241 p. ; 30x21 cm.

ISBN 978-987-1907-38-0

1. Lingüística. 2. Estudios Clásicos. I. Título  
CDD 410

Fecha de catalogación: 06/06/2013



Editorial de la Universidad  
Nacional del Sur  
ediuns@uns.edu.ar  
www.ediuns.uns.edu.ar



Red de Editoriales  
de Universidades Nacionales

#### LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Imagen de tapa: París, Bibliothèque nationale de France, Parisinus lat. 8533, vol.1, fol. 9r: Cicerón, *Ad Familiares* 1.1 (Florencia, 1471). Reproducida con autorización.

Diagramación de tapa: Fabian Luzi

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Bahía Blanca, Argentina, junio de 2013

©2013 Universidad Nacional del Sur

## PRÓLOGO

[...] la correspondencia es un género perverso:  
necesita de la distancia y de la ausencia para prosperar.  
Ricardo Piglia, *Respiración artificial*

El presente libro está basado en una tesis doctoral defendida en marzo de 2013 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata; si bien versa sobre M.T.Cicerón, un autor muy conocido y estudiado en el currículo universitario de la carrera de Letras de las distintas universidades de nuestro país, se ocupa de una parte de su obra que aún merece mayor atención: su correspondencia. Efectivamente, hasta fecha reciente, la correspondencia ciceroniana no ha escapado a los prejuicios que suelen afectar a toda la epistolografía latina en prosa, cuyo contenido se deriva de sucesos reales, pues la crítica ha insistido en enfocarla como un género marginal y subliterario, y en presuponer su fundamental inmediatez y “honestidad”. De esta manera, probablemente porque Cicerón –a diferencia de otros epistológrafos posteriores– no llegó a editar y publicar en vida su epistolario, durante mucho tiempo sus cartas fueron utilizadas o bien como fuente para el estudio socio-histórico del período abarcado por ellas, o bien como espejo fiel de los “verdaderos” pensamientos u opiniones de su autor. Esto último se verifica, sobre todo, en las numerosas biografías que existen sobre el arpinate, en las que, en virtud de su presunta transparencia, se recurre a la correspondencia para desambiguar escritos políticos o retóricos contemporáneos de Cicerón supuestamente más oscuros. Es preciso señalar, además, que aunque buena parte de la crítica se ha centrado en poner de relieve la importancia del epistolario ciceroniano en tanto *documento*, los abordajes que han destacado su insoslayable índole literaria también se han mostrado insuficientes. Todo esto nos animó a enfocar el corpus epistolar ciceroniano con una nueva mirada, atendiendo a las dos dimensiones que articula (retórico-literaria y socio-lingüística); para lograrlo, procuramos servirnos de una variedad de enfoques metodológicos que incluyeran no sólo el análisis filológico-literario, sino también la perspectiva del análisis del discurso y la pragmática.

Como sabemos, la correspondencia de Cicerón ha llegado hasta nosotros distribuida en cuatro colecciones, *Epistulae ad Atticum*, *Epistulae ad Quintum fratrem*, *Epistulae ad Brutum* y *Epistulae ad Familiares*, que conservan un total de 861 cartas completas escritas por el arpinate o a él dirigidas, entre los años 68 y 43 a.C. Las considerables dimensiones del corpus, que, según veremos, no es representativa de todas las cartas que Cicerón escribió o recibió a lo largo de su vida, tornó imperioso desde un principio fijar algún criterio para su recorte. En primer lugar, por razones metodológicas, decidimos limitarnos a dos colecciones, *Epistulae ad Atticum* y *Epistulae ad Familiares*; en segundo lugar, circunscribimos el análisis de las estrategias de autofiguración (es decir, de presentación de sí mismo) a la correspondencia que Cicerón escribió durante las tres ocasiones en que se vio forzado a alejarse de la *Vrbs*: el exilio (58-57 a.C.), el proconsulado en Cilicia (51-50 a.C.) y los primeros meses de la guerra civil entre César y

Pompeyo (50-49 a.C.), períodos en los que nuestro autor dependió fundamentalmente de la escritura de cartas para intentar sortear la distancia que lo separaba de Roma. Se trata además de tres momentos en los que Cicerón se encuentra en una situación de extrema vulnerabilidad, no sólo porque, al ser un *homo nouus* (es decir, el primero que en su familia obtuvo el consulado y a partir de allí *nobilitas*), su situación sociopolítica es extremadamente precaria, sino también porque está lejos de la mirada de los otros, factor determinante de la identidad en Roma. A esto hay que añadir el hecho de que el alejamiento de la *Vrbs* daba pie a que empezara a operar el *rumor*, poderosa arma política que podía emplearse para desprestigiar a un eventual adversario político. Frente a estas circunstancias veremos que la autofiguración epistolar funciona como una *performance* textual delante de una audiencia que no se agota en el destinatario explícito. En efecto, si atendemos al hecho de que entre los romanos la *existimatio* de las *uirtutes* dependía de su grado de visibilidad, el estar fuera de Roma vuelve necesario desplegarlas en el único medio disponible, esto es, a través de la materialidad de la escritura de cartas, más aún considerando que el estilo era concebido como una extensión del emisor, en virtud de la equivalencia que los romanos establecían entre las palabras del orador y su identidad. El corpus analizado nos permitió dar un paso más allá en el trazado de esta equivalencia, en tanto deja ver que Cicerón concibe incluso sus acciones como textos necesitados de glosa permanente. No obstante, importa destacar que esta constante glosa de sí mismo responde, a nuestro entender, a la necesidad de asegurarse una presencia textual en la *Vrbs* y no a la tan mentada “vanidad ciceroniana”, elucidación problemática a la que en diversas ocasiones ha recurrido la crítica.

Nuestro trabajo está organizado en dos partes y dividido en cinco capítulos. Los dos primeros son de índole teórica y fueron pensados como introductorios a los tres siguientes. En el primero analizamos los dos componentes que configuran nuestro marco interpretativo: por un lado, el concepto político de *nouitas*; por otro, la cuestión de la visibilidad como factor identitario en la cultura romana. Concebimos la *nouitas* de Cicerón no sólo en el sentido convencional de que éste fue el primero en su familia en obtener el consulado, sino también en el sentido de que logró configurarse como un “hombre nuevo” en la política romana. En efecto, Cicerón constituyó una entidad que no había existido previamente en Roma, esto es, un político cuya aspiración al poder descansaba únicamente en sus méritos intelectuales y en sus logros literarios. Esta consideración nos llevó a trascender el dato biográfico, permitiéndonos concebir la *nouitas* como un rasgo identitario que lleva al sujeto lingüístico a buscar la excepcionalidad y la singularidad en todas las esferas en las que interviene. Fue central para nuestro modo de entender la autofiguración el haber enfocado la retórica desde una perspectiva sociológica, pensándola como un capital simbólico y como un proceso de aculturación más que como un método para adquirir nuevos conocimientos. Sabemos que en Roma la retórica tenía un carácter prescriptivo y normativo, sobre todo en lo tocante a la formación, promoción y preservación no sólo de los valores de la aristocracia sino también de un determinado ideal de masculinidad. Con todo, la educación retórica no se limitaba a modelar a los jóvenes miembros de la élite para que asumieran los roles que les eran propios como agentes maduros dentro de la sociedad romana sino que ofrecía directrices para que aquellos que no formaban parte de las clases dominantes pudieran salir del anonimato y progresar socialmente. Según veremos, Cicerón manejaba un concepto de *nobilitas* que involucraba no sólo cuestiones ligadas al nacimiento

sino también al mérito. Así, basándose en sus virtudes personales, cualquiera podía reclamar su porción de *nobilitas* pues la única manera de ser *nobilis* era ser considerado de esta manera por la comunidad. La cuestión de la necesidad de ser conocido nos condujo al segundo constituyente de nuestro marco interpretativo: la visibilidad –que junto con la impenetrabilidad era uno de los dos principios básicos de la construcción simbólica de la identidad del *uir* romano–, factor que incidía y determinaba la identidad del ciudadano y sus conductas. A partir de todo esto es que hay que entender, creemos, el apego de Cicerón a Roma y el hecho de que se haya valido del género epistolar como medio para proyectar una determinada imagen de sí a la distancia. Frente a esta situación, consideramos que la lectura (y la escucha, si se repara en el hecho de que las cartas podían ser leídas o comentadas a terceros) funciona como una forma vicaria de la visión. Dicho de otra manera, leer lo que Cicerón ha escrito puede equipararse a “verlo” presentarse ante una determinada audiencia, cumpliendo así con la necesidad de ser visible para evitar la disolución de la propia identidad social. A nuestro juicio, esto resulta posible porque los romanos de época republicana tenían frente a la escritura una actitud práctica, concibiéndola como un instrumento imperfecto y mejorable, que a priori no tenía por qué ser despreciado ni sacralizado en tanto era un útil medio de comunicación diferida con aquellos que estaban lejos, que tenía además la ventaja de la visibilidad y, por lo tanto, de la materialidad observable. Por lo tanto, aunque la oralidad y los encuentros cara a cara eran privilegiados, es lícito pensar que la escritura funcionaba como un “fracaso fecundo” en una cultura donde la visibilidad era un factor crucial para la reputación de un político.

En el segundo capítulo mostramos cómo el intercambio de correspondencia entre amigos era una práctica social continua, recíproca y potencialmente beneficiosa para ambas partes, a la que hay que situar en el marco de la *amicitia*, noción que en Roma abarcaba un espectro muy amplio de vínculos personales que incluía desde relaciones íntimas, caracterizadas por un afecto genuino, a lazos puramente políticos, cuya principal razón de ser era el intercambio de favores por conveniencia. Repasamos también los aspectos prácticos y los condicionamientos sociales que afectaban al envío de correspondencia. Por último, revisamos la cuestión de la cronología, publicación y edición de las dos colecciones elegidas.

Ya en la segunda parte, en el capítulo tercero, abocado al análisis de las cartas escritas desde el exilio (58-57 a.C.) desde una perspectiva estrictamente discursiva, mostramos cómo el ego epistolar procura controlar la interpretación de hechos controvertidos a fin de otorgar legitimidad a su posición. En tal sentido, las cartas silencian los motivos que condujeron a Cicerón a su alejamiento precipitado de Roma, proponiéndonos una esquematización de los hechos textualizados que apunta a removerlos de su contexto histórico-político e inscribirlos en un sistema de categorías éticas transhistóricas. Por otra parte, el ego epistolar busca continuar la *performance* de sí delante de los otros, esta vez sobre la materialidad del texto epistolar, lo que resulta vital no sólo para dar credibilidad a su discurso y captar al destinatario sino también para contrarrestar el efecto de disolución identitaria que podía producir estar lejos de la *Vrbs*, sobre todo para un *homo nouus*. De esta manera, veremos cómo el sujeto lingüístico que aparece delineado en estas cartas es fundamentalmente un ego patético que necesita de la escritura y del concurso de los otros para continuar el proceso de construcción textual de su identidad social. Es preciso destacar el hecho de que, al poner el foco en el análisis discursivo de este grupo de

cartas, nuestro abordaje se aleja del modo en que varios estudiosos modernos las han leído, a saber, en clave psicológica, asumiendo la existencia de un vínculo directo entre experiencia y escritura que haría de estas cartas una mera colección de exabruptos emocionales. Nuestra lectura muestra, por el contrario, que la correspondencia de esta etapa pone en juego toda una serie de estrategias textuales que nada tienen que ver con el descuido estilístico que la crítica le ha endilgado. Un ejemplo que ilustra el cuidado con que fue redactada es la ausencia de un fenómeno que tiene amplia representación en el corpus epistolar ciceroniano –principalmente en las cartas a Ático–: el cambio de código al griego. Se trata de una alternativa culturalmente marcada que podía ser interpretada como pretenciosa y nada acorde con la gravedad de la situación, sobre todo si tenemos en cuenta que la actitud de los miembros de la élite romana ante esta segunda lengua distaba bastante de ser uniforme. El hecho de que el ego epistolar se abstuviera de emplear el griego incluso en las cartas a Ático es aún más llamativo si tenemos en cuenta que a lo largo de su vida éste cultivó expresamente una imagen de ateniense.

En el capítulo cuarto, mostramos cómo durante su gobierno de la provincia de Cilicia (51-50 a.C.) Cicerón busca configurarse como un *nouum genus imperatoris*, modelando su actuación como gobernador de acuerdo con tres *exempla* textuales de su autoría: los discursos contra Verres, la carta que enviara a su hermano Quinto mientras éste se desempeñaba como gobernador de Asia en el año 60 a.C. (Cic., *Q.fr.*1.1) y el tratado *de Republica*. Nos detuvimos específicamente en el segundo texto en tanto en él Cicerón expone a su hermano sus ideas sobre las responsabilidades de los gobernadores provinciales y las cualidades que éstos deben exhibir. El análisis de esta carta proporciona elementos para sustentar nuestra hipótesis de que los textos pueden funcionar como *exemplum*, sobre todo para un *homo nouus*. Un aspecto interesante que esta misiva pone de manifiesto es el hecho de que la gobernación de una *provincia* se ofrece como una plataforma o *theatrum* que confiere visibilidad a las acciones de un gobernador que sepa lograr la conjunción de poder y sabiduría (*coniunctio potestatis et sapientiae*), permitiéndole cosechar buena reputación y adquirir gloria. Consiguientemente, la carta propugna la creación de una determinada imagen del gobernador y de su mandato, que exalta determinadas *uirtutes* y condena singularmente el *uitium* de la *iracundia*. Luego del análisis de esta carta, nos concentramos en las diversas estrategias con que los textos epistolares remitidos desde Cilicia siguen de cerca y con esto actualizan *de facto* el *exemplum* esbozado en *Q.fr.*1.1. A partir de esto queda ilustrado otro aspecto que aparece textualizado en la carta dirigida a Quinto, a saber, el hecho de que los textos ejercen sus más poderosos efectos en quienes los escriben. Interesa destacar que la acción éticamente valiosa asumida por el ego epistolar y que lo convierte en un *nouum imperatoris genus* no tiene como punto de partida un *exemplum* extraído del acervo del *mos maiorum*, sino su *ethos* previo, materializado en los intertextos ya apuntados. Por otra parte, lo que contribuirá de modo decisivo a la conmemoración de las *res gestae* del ego epistolar será precisamente la correspondencia escrita por éste desde Cilicia, la cual, en tanto *theatrum-monumentum* y medio para difundir las acciones del remitente, desempeñará un papel central en la configuración de audiencias secundarias, necesarias para propagar las acciones del *nouum imperatoris genus* como *exemplum*. En este sentido, nuestro análisis muestra el papel reforzador y propagador de la *narratio* en la configuración de la ejemplaridad del remitente, en tanto este recurso permite que la anécdota personal pueda

devenir modelo de conducta. Es legítimo pensar que las narraciones ejemplares insertadas en diversas cartas, tras ser conocidas por audiencias secundarias, podían lograr que la actuación de Cicerón en Cilicia se convirtiera en un posible modelo de conducta para futuros gobernadores provinciales, sobre todo si se considera que la educación romana se fundaba en la imitación y en la emulación de los *exempla uirtutis*, preservados y contados como anécdotas. Una última cuestión que analizamos en este capítulo es cómo el ego epistolar, siguiendo el *exemplum* propuesto en *Q.fr.1.1*, sortea textualmente uno de los principales *uitia* que podían afectar al *imperator*, la *iracundia*. Para esto nos centramos en el modo en que, en la correspondencia dirigida a Apio Claudio Pulcro, la construcción del destinatario puede colaborar con la configuración y refuerzo de una determinada imagen del remitente.

En el último capítulo nos ocupamos de las cartas de los años 50- 49 a.C., cartas que se ubican en un contexto de conflicto civil entre los dos líderes más importantes del momento: César y Pompeyo. Interesa señalar que esta tercera *peregrinatio* de Cicerón se diferencia de las otras dos por el hecho de que no esta vez no son razones de fuerza mayor las que mantienen al arpinate lejos de Roma sino la espera de que se le concediese un triunfo por sus victorias militares en Cilicia. Mostramos aquí cómo la principal estrategia empleada por el ego epistolar consiste en construir su situación como aporética, aporía que no tiene nada de evidente en tanto es la vulnerabilidad política que supone la *nouitas* de Cicerón la que determina que éste no pueda sin más marchar tras los pasos de Pompeyo o permanecer en Roma apoyando la causa cesariana. Consiguientemente, a diferencia de la correspondencia que textualiza el exilio de Cicerón, donde es recurrente el motivo de la imposibilidad de escribir junto al deseo de invisibilización del remitente, aquí éste busca exhibir y hacer visibles sus dudas y lo aporético de su situación. En tal sentido cabe entender el que, durante esta etapa, el ego epistolar caracterice insistentemente la escritura y lectura de cartas como fuente de consuelo en tanto la distancia de la *Vrbs* convierte a la correspondencia en el vehículo privilegiado para que quien escribe vaya tomando el pulso de los acontecimientos ajustando la imagen de sí mismo que desea proyectar a sus diversos interlocutores. Para esto resulta crucial el intercambio de *consilia* con otros aristócratas, elemento cohesivo en Roma y sumamente importante a la hora de lograr la *adprobatio* de los otros, un factor central para la configuración de la identidad social ciceroniana. A diferencia de lo que ocurre en las dos etapas anteriores, el ego epistolar buscará aquí justificar aquello que en su conducta era objeto de reproche (su *tarditas* o *cunctatio*) apoyándose en diversos precedentes históricos (*clarissimorum uirorum exempla*), con lo cual apuntará a poner en evidencia cuán difícil es y ha sido siempre, incluso para personajes de talla heroica, reconciliar posturas morales en conflicto. Esta búsqueda de legitimidad se advierte también en *Att.9.10*, carta en la que el ego epistolar, apoyándose en la esquematización de los hechos que ha ido construyendo a lo largo del epistolario de esta etapa, delinea al destinatario como espejo suyo y pone en evidencia las contradicciones y vacilaciones en que también Ático ha incurrido en sus cartas.

Una cuestión que buscaremos enfatizar a lo largo del presente estudio es el hecho de que la configuración discursiva de la identidad a través de la escritura resulta inherentemente falible. Más aun, la configuración del sujeto lingüístico que las cartas ciceronianas nos presentan se ve afectada por la índole misma del género epistolar, que, en tanto deja abierta la

posibilidad de una respuesta y aplaza el cierre, construye al sujeto de manera fragmentaria, provisional, incompleta. Así, frente a quienes sostienen la transparencia con que las cartas nos mostrarían los diversos aspectos de la compleja personalidad del arpinate, nuestro análisis pondrá de manifiesto que la correspondencia ciceroniana no nos revela tanto quién fue Cicerón, es decir, cómo se percibía a sí mismo o era categorizado por la sociedad, sino la imagen que él proyectaba de sí mismo en una situación precisa, es decir, una imagen por definición cambiante, múltiple e incesantemente negociable con el concurso de los otros.



## NOTAS PRELIMINARES

► Todas las citas de la correspondencia de Cicerón pertenecen a las siguientes ediciones:

- D.R. SHACKLETON BAILEY, (1987) *Cicero. Epistulae ad Atticum*, 2 vols., Stuttgart, Teubner.
- \_\_\_\_ (1988) *Cicero. Epistulae ad familiares*. Stuttgart, Teubner.
- \_\_\_\_ (1988) *Cicero. Epistulae ad Quintum fratrem, Epistulae ad M. Brutum, accedunt Commentariolum Petitionis, Fragmenta epistularum*, Stuttgart, Teubner.

► Las abreviaturas de obras y autores griegos corresponden al *LSJ*, las de textos y autores latinos siguen las convenciones del *OLD*.

► Las publicaciones periódicas de revistas especializadas se citan de acuerdo con las siglas utilizadas en *L'Année Philologique*.

► La bibliografía moderna se cita de acuerdo con el sistema americano de autor-fecha.

► La totalidad de las versiones castellanas de los textos griegos y latinos incluidos en el desarrollo de esta obra pertenecen a la autora de este trabajo.

► Adicionalmente, se han adoptado las siguientes abreviaturas:

<i>LSJ</i>	H. G. LIDDELL & R. SCOTT, <i>A Greek-English Lexicon</i> , 9 <sup>th</sup> ed. rev. H. Stuart-Jones, Oxford, 1940; Suppl. 1968, 1996.
<i>MRR</i>	T. R. S. BROUGHTON, <i>The Magistrates of the Roman Republic</i> , vols. I-III, Nueva York, 1951-2, 1986.
<i>OCD</i>	S. HORNBLOWER & A. SPAWFORTH, <i>The Oxford Classical Dictionary</i> , Nueva York, 1996.
<i>OLD</i>	P. G. W. GLARE, <i>Oxford Latin Dictionary</i> , Oxford, 1968-1982.
<i>ThLL</i>	<i>Thesaurus Linguae Latinae</i> (Leipzig, 1900 –).

**Introducción**

1. Estudios previos sobre el epistolario ciceroniano.....	17
2. Propósito general.....	21
3. Precisiones teórico-metodológicas.....	26
4. Organización de los siguientes capítulos.....	30

**Parte I**

**Capítulo 1:**

**Cicerón, *nouus homo***

1. Introducción.....	33
2. <i>Nobilitas</i> / <i>nouitas</i> .....	35
3. <i>Nouitas</i> y retórica.....	38
4. Cicerón.....	47
5. Visibilidad y autofiguración.....	55
6. Síntesis parcial.....	60

**Capítulo 2:**

**El género epistolar en Roma: el epistolario ciceroniano**

1. La “cuestión” del género epistolar.....	63
2. Algunas características del intercambio epistolar en Roma.....	65
3. Cicerón, ¿“padre” del género epistolar?.....	70
4. El epistolario ciceroniano.....	74
5. Síntesis parcial.....	81

**Parte II**

**Capítulo 3:**

**Exilio y autofiguración (58-57 a.C.)**

1. Introducción.....	85
2. Estrategias de autofiguración epistolar durante el exilio.....	91
3. <i>Reditus</i> y autofiguración en <i>Att.4.1</i> .....	112
4. Síntesis parcial.....	119

## Capítulo 4:

### Proconsulado y autofiguración (51-50 a.C.)

1. Introducción.....	123
2. <i>Q.fr.</i> 1.1 como <i>effigies iusti imperi</i> .....	130
3. Estrategias de autofiguración epistolar durante el proconsulado en Cilicia.....	140
4. Síntesis parcial.....	187

## Capítulo 5:

### Guerra civil y autofiguración en la correspondencia de los años 50-49 a.C.

1. Introducción.....	189
2. Estrategias de autofiguración epistolar en la correspondencia de los años 50-49 a.C.....	198
3. Síntesis parcial.....	218

<b>Recapitulación y conclusiones.....</b>	<b>221</b>
---	------------

<b>Referencias bibliográficas.....</b>	<b>225</b>
--	------------

1. Ediciones y comentarios del epistolario ciceroniano.....	225
2. Otras fuentes.....	226
3. Obras de consulta.....	226
4. Bibliografía crítica y teórica referida.....	226

## INTRODUCCIÓN

### 1. Estudios previos sobre el epistolario ciceroniano

A diferencia del resto de sus obras, el estudio sobre la correspondencia de M. T. Cicerón (106-43 a.C.) ha enfrentado dos obstáculos fundamentales: en primer lugar, dos acendrados prejuicios, uno referido a que, con respecto a géneros calificados como “mayores”, la epistolografía en prosa cuyo contenido se deriva de sucesos reales ha sido considerada en general como un género marginal y subliterario;<sup>1</sup> otro, vinculado con la presuposición de inmediatez y “honestidad” con que este tipo textual ha sido abordado por buena parte de la crítica<sup>2</sup>. Esta circunstancia ha determinado que, hasta fecha muy cercana, el epistolario ciceroniano fuera valorado ya como un útil complemento para el estudio socio-histórico del período abarcado por él (68-43 a.C.),<sup>3</sup> ya como una fuente de acceso privilegiado a los “verdaderos” pensamientos u opiniones del autor.<sup>4</sup> El segundo obstáculo es de índole metodológica e involucra las considerables dimensiones del corpus epistolar ciceroniano, que ocupa 1431 páginas en la edición de SHACKLETON BAILEY.<sup>5</sup>

Los ecos de estos prejuicios se advierten en la bibliografía secundaria, donde es posible discernir que la correspondencia ciceroniana ha sido leída de un modo disyuntivo: mayoritariamente, como documento,<sup>6</sup> y, en los últimos años, como literatura,<sup>7</sup> modalidades que hallamos condensadas en dos estudios recientes sobre el tema. El primero se titula *Cicero's Correspondence. A Literary Study*

---

<sup>1</sup> Cf. MARTIN y GAILLARD (1990: 14 y 23) y CUGUSI (1983: 188). Afortunadamente, como apunta EBBELER, esta tendencia a considerar que el género epistolar es una suerte de “materia prima” de la historia personal y cultural ha comenzado a revertirse en los últimos años (2010: 465). Las cartas filosóficas de Séneca han sido objeto de una recepción más favorable, en buena medida quizá porque han sido leídas más como ensayos literarios que como auténticas cartas. Cf. WILSON (2001: 164-187); INWOOD (2007: 133-148). De manera similar, las cartas de Plinio han sido muy bien estudiadas. Cf. HOFFER (1999); HENDERSON (2002) y MARCHESI (2008). Para una apretada síntesis de los más recientes estudios sobre epistolografía latina, cf. SCHRÖDER (2007: 143-147).

<sup>2</sup> Cf. ROSENMEYER (2001: 3-4).

<sup>3</sup> A modo de ilustración de este uso ancilar de la correspondencia ciceroniana, cf. LINTOTT (2008); SYME ([1939] 1960) y MURPHY (1998). La valoración de Cornelio Nepote sobre la correspondencia con Ático da cuenta de que el proceso de conversión de las cartas de Cicerón en documentos históricos habría comenzado poco después de su muerte (Nep., *Att.* 16.3). Cf., asimismo, TYRRELL y PURSER ([1899-1933] 1969: I, 75-76); RAWSON ([1975] 2001: 163); CUGUSI (1983: 161); ACHARD (1991: 141). Esta valoración ha incidido, además, en la decisión adoptada por los principales editores de la obra epistolar ciceroniana, pues tanto la edición de TYRRELL y PURSER ([1899-1933] 1969) como las ediciones de Cambridge y de Loeb de SHACKLETON BAILEY (1965-68; 1977; 1980; 1998-9; 2001; 2002) disponen la correspondencia en orden cronológico. A propósito de las consecuencias de esta disposición cronológica, cf. BEARD (2002).

<sup>4</sup> Cf. PETER (1901: 7); PLASBERG (1926: 15); DOREY (1965: 27); VON ALBRECHT (1997: 516); NICHOLSON (1998: 63); SHACKLETON BAILEY (1971: xii); SCHNEIDER (1998: 72); WISTRAND (1979: 1). Asimismo, es común utilizar la correspondencia como fuente fidedigna para escribir biografías del arpinate, enfocadas especialmente en su carrera política: v.g. BOISSIER ([1865] 1897); CARCOPINO (1947); SCULLARD (1965); STOCKTON (1971); SHACKLETON BAILEY (1971); MITCHELL (1979); WOOD (1988); RAWSON ([1975] 2001); HABICHT (1990) y PINA POLO (2005).

<sup>5</sup> Cf. HUTCHINSON (1998: 3): “It is little over half as long as the body of extant speeches, almost twice the length of the genuine works on rhetoric, and near the length of the philosophical works (c.83 per cent). It is thus a very sizeable part of Cicero's huge surviving oeuvre”. Con todo, según veremos en el Cap. 2, es necesario tener presente que esta abundancia no es representativa de todas las cartas que Cicerón escribió a lo largo de su vida.

<sup>6</sup> Cabe insistir en que este abordaje del género epistolar no ha afectado únicamente a las cartas de Cicerón. Cf. SHELTON (1988), a propósito del epistolario de Séneca.

<sup>7</sup> Cf. CASTILLO (1974: 436-437). Por lo demás, esta dicotomía se remonta a DEISSMANN (1895) y a su distinción tajante entre *Brief* (“carta”: documento privado, espontáneo, escrito sin ninguna intención de ser leído por otra persona que no sea su destinatario explícito) y *Epistel* (“epístola”: texto literario destinado al público), hoy absolutamente perimida. Para una valoración del impacto de la formulación de DEISSMANN en los estudios sobre epistolografía antigua, cf. ROSENMEYER (2001: 5-12). Cf. asimismo STOWERS (1986: 18-19) y WHITE (2010: 114-115).

(HUTCHINSON, 1998), y constituye un intento de romper con la ya señalada *communis opinio* a propósito de la marginalidad del género. Contra la generalizada tendencia a asignar un estatus literario menor a todo escrito no destinado explícitamente a publicación, el autor consigue demostrar que una lectura que atienda a la dimensión retórica y literaria<sup>8</sup> de las cartas no sólo es enteramente legítima sino también imprescindible. En el segundo estudio, *Politeness and Politics in Cicero's Letters* (HALL, 2009), siguiendo la tesis predominante en los abordajes socio-históricos al uso, el autor analiza las cartas desde la perspectiva de la cortesía lingüística, con el objeto de demostrar la existencia de un lenguaje cortés compartido por los miembros de la élite (2009: 193).

Aunque coincidimos con HUTCHINSON y HALL en que la retórica y la cortesía (esta última considerada como “el conjunto de procedimientos implementados para preservar la armonía en la relación interpersonal”<sup>9</sup>) son dos aspectos de importancia insoslayable a la hora de encarar el estudio del corpus epistolar ciceroniano, ambos trabajos nos parecen parciales por diferentes motivos. En el análisis de HUTCHINSON pueden detectarse dos lagunas fundamentales: en primer lugar, si bien queda demostrado que en las cartas la organización retórica de la experiencia con vistas a la persuasión es una fuerza dominante, este autor deja sin respuesta algunas cuestiones a nuestro juicio fundamentales, a saber: ¿hay algún punto en el que converjan estos esfuerzos persuasivos? Dado que el recurso a la retórica como medio para lograr la persuasión no es exclusivo de las cartas, ¿cuál es la ventaja, si es que hay alguna, del empleo de estas estrategias de discurso<sup>10</sup> en el género epistolar?<sup>11</sup> La índole eminentemente escrita del mensaje, ¿tiene alguna incidencia en su diseño y recepción? Podríamos aventurar una respuesta positiva a estos dos últimos interrogantes en tanto no es una novedad que el canal elegido como soporte de los significantes y, por ende, de las significaciones, deja indudablemente su impronta en el mensaje, actuando como un *filtro suplementario* (KERBRAT-ORECCHIONI, [1980] 1997: 38). Con respecto a la posibilidad de que la *escena genérica*<sup>12</sup> elegida deje también su huella en el mensaje, no parece ocioso recordar que ésta orienta y determina el “horizonte de expectativas” del lector y, por lo tanto, la recepción de la obra (GENETTE, [1982] 1989: 14). En efecto, la carta funciona como un marco diferente y habilita posibilidades distintas de, por ejemplo, la perspectiva monologal propia de un tratado o de un discurso forense, pues autoriza y exige, en principio, una respuesta diferida,<sup>13</sup> en la medida en que instaura una relación dialógica e inscribe al otro en el enunciado.<sup>14</sup> Con todo, la carta se distingue formalmente del diálogo en el hecho de que la instancia del discurso está desdoblada: el momento de la escritura y el momento de la lectura se inscriben en dos presentes diferentes, en dos lugares diferentes. Por otra parte, la movilidad de la carta es un rasgo igualmente importante que se expresa a través de una dialéctica de presencia y ausencia, y por medio de declaraciones enfáticas sobre el modo paradójico en que la carta, al mismo tiempo que marca la ausencia del remitente, actúa como sustituto de su presencia.<sup>15</sup> De esta manera, las cartas permiten muchas veces negociar relaciones *in absentia*. Aunque todas estas fundamentales precisiones

<sup>8</sup> Cf. HUTCHINSON (1998: 20-21). Cf., asimismo, HUTCHINSON (1993: 441-451).

<sup>9</sup> Cf. CHARADEAU y MAINGUENEAU (2005: 143).

<sup>10</sup> Para la noción de “estrategia de discurso”, cf. CHARADEAU y MAINGUENEAU (2005: 244-245).

<sup>11</sup> La relevancia del tipo textual elegido debe ser considerada especialmente si se tiene en cuenta que tanto los griegos como los romanos dividían las obras literarias en diferentes géneros y categorías. Cf. FANTHAM (1996: 17-18); BRAUND (2002: 257-262). Para una discusión general sobre el género en la literatura de todas las épocas, cf. FOWLER (1982).

<sup>12</sup> Cf. CHARADEAU y MAINGUENEAU (2005: 222).

<sup>13</sup> Cf. KERBRAT-ORECCHIONI (1998: 31) y ALTMAN (1982: 122).

<sup>14</sup> Cf. ALTMAN (1982: 117). KERBRAT-ORECCHIONI propone, sin embargo, una visión más morigerada de la dimensión dialógica del género epistolar (1998: 35). Cf., asimismo, GARCEA (2003: 9).

<sup>15</sup> Cf., por ejemplo, Cic., *Fam.*3.11.1.

son dejadas de lado por HUTCHINSON, hay un punto que resulta aún más problemático en su análisis y es que éste se sustente en una realidad extra-textual, la intencionalidad del autor,<sup>16</sup> categoría que ha perdido consenso académico desde que en los años '60 BENVENISTE estableciera una diferencia crucial para el análisis del discurso: aquella que separa al *sujeto de la enunciación* (fuera del texto) del *sujeto del enunciado* (en el texto).<sup>17</sup>

Por su parte, el trabajo de HALL adolece de dos defectos básicos: en primer término, su análisis de las cartas desde el punto de vista de la teoría de la cortesía<sup>18</sup> puede encuadrarse en la vertiente de la crítica tradicional, que enfatizaba en las cartas su carácter de “cruciales documentos de la vida social”<sup>19</sup>, cuyo estudio sería útil en tanto nos ofrecen “un conocimiento directo de las tensas negociaciones que subyacen a los hechos de estos años turbulentos”.<sup>20</sup> A partir de esto puede colegirse fácilmente que, en su enfoque, la especificidad de las cartas se pierde nuevamente, en tanto éstas quedan reducidas a mero instrumento o reflejo de condicionamientos sociales. En segundo lugar, en el estudio de HALL se advierte una excesiva tendencia a la clasificación, que lo lleva a considerar la correspondencia con Ático, por su carácter *sui generis*, sólo en contraposición con *Fam.*<sup>21</sup> Si bien, a diferencia de HUTCHINSON, hacia el final de su trabajo HALL intenta ofrecer una explicación que dé cuenta de por qué el empleo de estrategias de cortesía es tan conspicuo en las cartas ciceronianas, vemos que incurre en la misma confusión que HUTCHINSON (entre el sujeto supuesto de la enunciación y su expresión discursiva) al desgranar una serie de conjeturas que se fundan, en última instancia, ya en la explicación biográfica, ya en el contexto social.<sup>22</sup>

Nuestro enfoque de las cartas desde el punto de vista de la *autofiguración* tiene como marco general una serie de trabajos sobre estrategias de autorepresentación en las cartas de Plinio el Joven,<sup>23</sup> y como marco particular algunos desarrollos<sup>24</sup> que, inspirados en el libro de corte neohistoricista de S. GREENBLATT –*Renaissance Self Fashioning: From More to Shakespeare* (1980)–,<sup>25</sup> analizan las “*self-fashioning strategies*” en autores clásicos.<sup>26</sup> Cuatro estudios, en particular, consideran las estrategias

<sup>16</sup> HUTCHINSON se anticipa a esta objeción señalando que la cuestión de la intencionalidad es espinosa (1998: 22-23); con todo, esta categoría resulta fundamental para su interpretación de las cartas. En efecto, el estatus literario que quiere reivindicar para ellas depende de la intención autoral, manifiesta en indicadores de “literaturidad” tales como la presencia de prosa rítmica, la inclusión de grecismos, la voluntad de persuadir, y lo que HUTCHINSON denomina vagamente “*artistry*” (1998: 9-23). En tal sentido, es interesante la crítica de GUNDERSON, quien señala el error metodológico resultante de intentar evadir la falacia de la intencionalidad preservando al mismo tiempo la categoría de persuasión (2007: 4, n.15). Por todo esto, “[...] Hutchinson offers more an introduction to the possibilities of a literary reading than he necessarily succeeds in offering such a reading himself” (GUNDERSON, 2007: 6, n. 27).

<sup>17</sup> Cf. BENVENISTE (1966).

<sup>18</sup> HALL recoge las críticas que ha recibido el modelo de BROWN y LEVINSON (1978; 1987) y procura ajustarlo a las normas de la sociedad romana (2009: 7-8).

<sup>19</sup> Cf. HALL (2009: 3).

<sup>20</sup> Cf. HALL (2009: 3) y HALL (1998: 317).

<sup>21</sup> Cf. HALL (2009: 64). Cf., asimismo, VON ALBRECHT, quien divide las cartas de Cicerón en dos categorías, privadas y formales, y las clasifica en una escala de menor a mayor grado de privacidad o formalidad (2003: 68-71). Sobre este aspecto, coincidimos con GUNDERSON cuando afirma que “categories, taxonomies, and ‘epistolary theory’ [...] run the risk of doing more harm than good. Readings that attempt to taxonomize the letters with distinctions like public and private, formal and informal, and so forth run the risk of becoming non-readings: an imposed form is used to explain the content even as the content is used to determine the appropriate pigeon-hole into which to sort the letter” (2007: 4).

<sup>22</sup> Cf. HALL (2009: 193).

<sup>23</sup> Cf. AUBRION (1975); ECO (1985); SHELTON (1987).

<sup>24</sup> Cf. DUGAN (2005); LEACH (1990); OLIENSIS (1998); RIGGSBY (1995, 1998).

<sup>25</sup> Este libro marca el inicio de la tendencia a estudiar los modos de autopresentación literaria. En este sentido, si se concede que las lecturas de que un texto puede ser objeto son siempre históricas, resulta interesante la sugerencia de KIVISTÖ (2003: 20): “Could the interest in this topic reflect modern society’s obsession with personal images and constructed profiles?”

<sup>26</sup> En el campo de los estudios clásicos, estos trabajos pueden agruparse bajo el movimiento que FOWLER (1995) denomina “*New Latin*”, movimiento en el que confluyen diversas líneas interpretativas, cuyo sello distintivo es un compromiso con la moderna teoría literaria y una predilección por la terminología y los conceptos asociados a ella.

retóricas de Cicerón como parte de una táctica política más amplia cuyo objeto es la creación de un personaje público con el suficiente peso político como para contrapesar el hecho de ser un *nouus homo*: MAY (1988: 1-12); DUGAN (2005); KURCZYK (2006) y VAN DER BLOM (2010). Por otra parte, cabe mencionar otros trabajos que también se han mostrado fructíferos para nuestro abordaje del corpus: LEACH (1999 y 2006); MEYER (2000); EBBELER (2001); CREESE (2006); ROSSI (2010) y WHITE (2010). Por la relevancia que concede a la escritura, otro aporte crítico previo que resulta significativo para nuestro estudio es el libro de STEEL (2005), quien se propone examinar los distintos modos en que Cicerón empleó el canal escrito para modelar su perfil público en el ámbito de la política romana.<sup>27</sup>

En tanto nuestro interés está centrado en las estrategias de autofiguración ciceronianas, hay un punto insoslayable sobre el que debemos pronunciarnos y éste es el celo puesto por el arpinate en construir, sostener y perpetuar su imagen política. El interés de esta cuestión estriba no sólo en que es un tema ya muy trabajado por la crítica, sino también en el hecho de que ha llevado a algunos estudiosos a incurrir en elucidaciones problemáticas como la de “vanidad”.<sup>28</sup> Si bien existen intentos de explicar el fenómeno de la presentación de sí en Cicerón a partir de sus condiciones materiales y simbólicas de producción (*nouitas*), sin embargo, tal vez como resultado de los prejuicios ya señalados a propósito de su correspondencia, la crítica se ha dedicado a estudiar esta cuestión únicamente en sus obras “mayores”.<sup>29</sup> Por otro lado, el papel que, a nuestro juicio, cumple la escritura en este programa de autofiguración no ha sido lo suficientemente enfatizado.<sup>30</sup>

Aunque el recorrido bibliográfico hasta aquí expuesto no pretende agotar el espectro de aproximaciones posibles al epistolario ciceroniano, configura un marco de referencia que permite demostrar que no existen precedentes críticos que aborden el objetivo principal de nuestro trabajo: analizar las estrategias de autofiguración en el grupo de cartas que el arpinate escribió durante cada una de sus ausencias forzadas de Roma (a saber, durante el exilio, el proconsulado en Cilicia y durante los primeros meses de la guerra civil entre César y Pompeyo), períodos en los cuales, en vista de su condición de *nouus homo*, le habría sido necesario mantener y renegociar *in absentia* su identidad por vía epistolar.<sup>31</sup> Como este breve examen de la bibliografía permite ver, los abordajes centrados en las “*self-fashioning strategies*” se han aplicado a las obras retóricas y a los discursos políticos de Cicerón, pero no a su correspondencia. Nuestro trabajo intentará entonces encarar la lectura de las cartas

<sup>27</sup> Cf. STEEL (2005: 7). El peso que STEEL concede a la escritura debe mucho al excelente análisis de BUTLER (2002), que se entronca con toda una serie de trabajos que ponen en primer plano los aspectos sociales y culturales del uso de textos escritos en el mundo antiguo.

<sup>28</sup> La consideración de los antiguos sobre esta cuestión se encuentra claramente sintetizada en una *sententia* de Séneca (*Dial.* 10.5.1). Cf., asimismo, por ejemplo, MACKENDRICK (1995).

<sup>29</sup> Cf. MAY (1988) y DUGAN (2005). La pervivencia de las preconcepciones relativas a la marginalidad y fundamental inmediatez del género se advierte incluso en un estudio tan riguroso como el de DUGAN (2005: 163). Los restantes trabajos hasta aquí reseñados o bien resultan demasiado parciales (CREESE, 2006; LEACH, 1999 y 2006; MEYER, 2000), o bien persiguen objetivos distintos al nuestro (KURCZYK, 2006; ROSSI, 2010; VAN DER BLOM, 2010; WHITE, 2010).

<sup>30</sup> Aunque BUTLER (2002) y STEEL (2005) destacan su centralidad, BUTLER se ocupa de tres discursos (*Verr.*, *Cat.* y *Phil.*) y STEEL considera un espectro genérico mucho más amplio que el nuestro (discursos, poesías, tratados –filosóficos y retóricos– y cartas). También DUGAN enfatiza la importancia de la escritura en el programa de autopresentación ciceroniano (2005: 228-230, 252, 285).

<sup>31</sup> De ahí el extracto del pasaje que hemos elegido como parte del título de nuestro libro, uno de cuyos ejes es la *peregrinatio*: *Vrbem, urbem, mi Rufe, cole et in ista luce uiue! omnis peregrinatio, quod ego ab adolescentia iudicau, obscura et sordida est iis quorum industria Romae potest illustris esse* (Cic., *Fam.* 2.12.2) / “¡Roma, Roma, mi querido Rufo, vívela y habita en esa luz! Toda residencia en el extranjero –esto yo lo he pensado desde mi juventud– es oscura y vil para aquellos cuya diligencia puede hacerlos ilustres en Roma”. El contrapunto que aquí se advierte es característico de las metáforas de luz y sombra utilizadas para calificar, respectivamente, la vida honorable y su contraria. Cf. BARTON (2001: 34) y WISEMAN (1971: 82).

correspondientes a las tres etapas señaladas considerándolas no como una herramienta para comprender al autor o a su tiempo, sino fundamentalmente como el objeto a ser comprendido.

## 2. Propósito general

Como ya adelantamos, la presente investigación se propone analizar las estrategias epistolares de autofiguración empleadas por Cicerón para contrarrestar la vulnerabilidad política que le supuso cada una de sus tres ausencias forzadas de Roma, agravada, en su caso, por su condición de *nouus homo*.<sup>32</sup> Hemos optado por traducir el concepto de “*self-fashioning*” empleado, según vimos, en trabajos recientes sobre la obra ciceroniana en lengua anglosajona<sup>33</sup> por “autofiguración”, opción que no ha sido caprichosa, en tanto la hemos tomado de dos ensayos sobre autobiografía moderna, género que presenta puntos de contacto con el epistolar.<sup>34</sup> Por otra parte, el verbo español “figurar”, derivado del verbo denominativo latino *figuro*, ligado etimológicamente a *finjo*, vehiculiza la idea de dar forma, modelar o delinear,<sup>35</sup> en el caso de las cartas ciceronianas, la propia imagen pública.

La posibilidad de labrar una determinada imagen de sí en el marco de una carta está implícita en la propia teoría de la retórica epistolar, algunos de cuyos principios son establecidos en el tratado *De elocutione*, erróneamente atribuido por la tradición manuscrita a Demetrio de Falero.<sup>36</sup> Aunque no hay evidencia de que Cicerón haya conocido este tratado, los puntos allí expuestos a propósito de la autorepresentación retórica son análogos a la adaptación romana del *ethos*,<sup>37</sup> tal como la conocemos a partir de los escritos del propio Cicerón,<sup>38</sup> es decir, *mores et instituta et facta et uita* (*de Orat.* 2.182) constituidos a partir del propio discurso del orador. En una digresión sobre el estilo llano, el *De elocutione* (§§ 223-235) pone el acento en la inmediatez de la carta, reconociéndole, sin embargo, un grado de formalidad mayor en tanto se vale de un canal escrito y no es pronunciada *ex tempore* (§ 224). Asimismo, el autor enfatiza su dimensión dialógica, es decir, el intento de burlar la ausencia con la ilusión de que remitente y destinatario se hallan co-presentes. En tal sentido, señala que:<sup>39</sup>

<sup>32</sup> En realidad, según veremos más adelante, el concepto de *nouus homo* nunca es definido en la literatura latina, pues se trata de una noción que admite diferentes lecturas y puede ser aplicada acertadamente a muy diversos personajes (SHACKLETON BAILEY, 1986: 260). Analizaremos esta cuestión con mayor detalle en el Capítulo 1.

<sup>33</sup> Cf. LEACH (1999) y DUGAN (2005).

<sup>34</sup> Cf. MOLLOY (1996) y AMÍCOLA (2007). Cabe recordar que el tardorrepblicano fue un período de crisis política e institucional que dio lugar a una proliferación de escritos biográficos y autobiográficos (DUGAN, 2005: 14; 194; 212). En tal sentido, AMÍCOLA presenta las cartas de Cicerón como un hito crucial en la historia de la visibilidad de la vida privada (2007: 23), afirmación que es corroborada por LEACH (1990: 20). Por su parte, LEACH señala que “[...] Cicero’s epistolary communication shares more common ground than might be thought with the Latin poetic genres of the Republican and Augustan period that treat categorically ‘personal’ experience as a public configuration of self and write the addressee into the dialogue as a spectator of the self” (1999: 141). Conviene advertir, sin embargo, que existen diferencias sustantivas entre el género epistolar y el autobiográfico: “If pure autobiography can be born of the mere desire to express oneself, without regard for the eventual reader, the letter is by definition never the product of such ‘immaculate conception,’ but is rather the result of a union of writer and reader. The epistolary experience, as distinguished from the autobiographical, is a reciprocal one” (ALTMAN, 1982: 88). Por otra parte, importa tener presente que la autobiografía, a diferencia de formas afines como el diario íntimo o la colección de cartas, incluye de por sí a un narrador omnisciente, que da sentido a la totalidad (AMÍCOLA, 2007: 34). Para un estudio de la autobiografía intelectual en Roma, cf. CANFORA (1990: 11-51). Cf., asimismo, RAWSON (1985: 227-8) y MISCH (1950), *passim*.

<sup>35</sup> Cf. ERNOUT-MILLET (1951: 419-420). Cf. OLD, s.v.1.

<sup>36</sup> La datación exacta de este tratado es objeto de controversia. Las fechas que se han sugerido van del s.III a.C. al s.I d.C. Con todo, sus fuentes parecen remontarse al s.II o al s.I a.C. (MALHERBE, 1988: 2).

<sup>37</sup> Dado que no hay una palabra latina que traduzca *ethos*, Quintiliano utiliza la palabra griega y señala que no tiene equivalente latino (*Inst.* 6.2.8). Tanto Quintiliano como Cicerón antes que él (Cic., *Orat.* 128) vinculan *ethos* con *mores* y *natura* (cf. Sall., *Cat.* 53.6).

<sup>38</sup> Cf. *de Orat.* 2.185-198. Véase también MAY (1988: 9-12).

<sup>39</sup> Las citas del *De elocutione* se han tomado de MALHERBE (1988).



[227] Πλεῖστον δὲ ἐχέτω τὸ ἠθικὸν ἢ ἐπιστολὴ ὥσπερ καὶ ὁ διάλογος. **σχεδὸν γὰρ εἰκόνα ἕκαστος τῆς ἑαυτοῦ ψυχῆς γράφει τὴν ἐπιστολήν.** καὶ ἔστι μὲν καὶ ἐξ ἄλλου λόγου παντὸς ἰδεῖν τὸ ἦθος τοῦ γράφοντος, ἐξ οὐδενὸς δὲ οὕτως, ὡς ἐπιστολῆς.

Que la carta, al igual que el diálogo, ofrezca la mayor cantidad de rasgos del carácter: en efecto, poco más o menos, en una carta, cada uno escribe una imagen de su propia alma. Ciertamente, es posible ver el carácter del que escribe en cualquier otra forma de composición, mas en ninguna como en la carta.<sup>40</sup>

El *De Elocutione* señala dos cuestiones cuyas consecuencias buscaremos explorar en nuestro abordaje del epistolario ciceroniano: por un lado, el hecho –no por obvio menos trascendente– de que la escritura –y la ausencia que la vuelve necesaria– es consubstancial al género; por otro, el hecho de que la carta, frente a otros géneros, es un tipo textual que resuelve la ausencia que le da origen forjando en su propia forma una imagen tanto del remitente como de su destinatario. En efecto, la separación de autor y lector –característica de los textos escritos en general– es un rasgo constitutivo de los textos epistolares, como indica Cicerón en una carta a Cayo Escribonio Curión:

*Epistularum genera multa esse non ignoras sed unum illud certissimum, cuius causa inuenta res ipsa est, ut certiores faceremus absentis si quid esset quod eos scire aut nostra aut ipsorum interesset* (Cic., *Fam.* 2.4.1).

No ignoras que existen muchos tipos de cartas pero hay uno segurísimo, por cuya causa la carta misma fue inventada: para que informáramos a los ausentes si había algo que era importante que ellos supieran, ya en nuestro interés, ya en el suyo propio.

Lo interesante de esta observación es que la “invención” del género aparece ligada a la ausencia. Si bien, en general, al interpretar este comentario de Cicerón se ha puesto el énfasis en la función de la carta (transmisión de información) más que en las circunstancias de las que es producto, esta “marca de origen” del género determinará, al menos en el caso del arpinate, que sus cartas apunten siempre a forjar una *presencia textual o virtual* para el remitente.<sup>41</sup> Así, al proponerse como remedio para superar la separación espacio-temporal de remitente y destinatario,<sup>42</sup> la carta modela en su propia forma una determinada imagen tanto del remitente (*ego*) y su(s) destinatario(s), como del cuadro espacio-temporal en el cual se inscriben las actividades de escritura y lectura.

Tomando como punto de partida el hecho conocido de que la cultura romana tenía un carácter “espectacular” y estaba signada por el peso de la mirada de los otros,<sup>43</sup> los interrogantes en torno a los cuales articularemos nuestro trabajo son los siguientes: ¿qué implicaba ser un *nouus homo* en la escena política romana? ¿Qué consecuencias políticas, sociales e identitarias podía entrañar para Cicerón, un *nouus homo*, alejarse de Roma? ¿A qué tipo de estrategias discursivas habría apelado para contrarrestar esta situación de vulnerabilidad? ¿Qué figuras de sí mismo habría buscado promover a través del género epistolar durante cada una de sus tres ausencias forzadas de Roma?

<sup>40</sup> Este pasaje nos permite constatar que la tesis de inmediatez está lejos de ser una invención moderna en tanto la retórica de la supuesta transparencia epistolar domina también las antiguas discusiones sobre el género. *Cf.*, e.g. Sen., *Ep.* 40.1 y Cic., *Fam.* 16.16. Con respecto a la carta como reflejo del *ethos* del escritor, véase MUÑOZ MARTÍN (1985: 74).

<sup>41</sup> *Cf.* EBBELER (2001: 121): “Absence is thus replaced by what we might call ‘epistolary presence.’ Letters redefine the categories of presence and absence, offering a *tertium quid* –epistolary presence in the form of a letter”.

<sup>42</sup> En este sentido, indica ALTMAN: “*Epistolary discourse is a discourse marked by hiatuses of all sorts: time lags between event and recording, between message transmission and reception; spatial separation between writer and addressee [...]. Yet it is also a language of gap closing, of writing to the moment, of speaking to the addressee as if he were present. Epistolary discourse is the language of the ‘as if’ present*” (1982: 140, las cursivas nos pertenecen).

<sup>43</sup> *Cf.* BARTON (2001; 2002). Exploraremos este tema con más detalle en el Capítulo 1, apartado 5.

Estas preguntas han coadyuvado al proceso de constitución de un corpus que posibilite un análisis detallado de una parte de la vasta materia textual que nos ofrece la correspondencia de Cicerón. Así, dadas las ya señaladas dimensiones del epistolario ciceroniano, de las cuatro colecciones conservadas, a saber, *Epistulae ad Atticum*, *Epistulae ad Familiares*, *Epistulae ad Brutum* y *Epistulae ad Quintum fratrem*,<sup>44</sup> hemos decidido limitarnos a las dos primeras. A esta limitación hemos añadido otra, pues el eje que ha guiado nuestro segundo recorte del corpus es el problema de la invisibilidad que suponía alejarse de Roma, cuestión que para Cicerón parece haber sido especialmente relevante. En este sentido, los textos nos informan que Cicerón, de acuerdo con su decisión de *habitare in oculis* (*Planc.* 66), en general, fue reacio a alejarse de la *Vrbs*.<sup>45</sup> En efecto, en tanto la vida política en Roma a fines de la República y a principios del Imperio estaba centrada en la capital, el mero alejamiento del epicentro de la actividad política suponía para un político una seria amenaza para su *persona*.<sup>46</sup> Cabe suponer que esta amenaza podía ser mucho más acuciante para el arpinate, cuya posición política era constitutivamente precaria dada su condición de *nouus homo*.<sup>47</sup> Con todo, esta decisión de concentrarse geográficamente en la *Vrbs* no tenía que ver únicamente con la importancia de la visibilidad de las acciones para el aristócrata romano, sino también con la necesidad de no perder el control del flujo de los *rumores* sobre su persona, saberes informales que desempeñaban un papel central en la formación de la opinión pública y que podían convertirse en una poderosa herramienta para desprestigiar a un eventual adversario político.<sup>48</sup> Otro factor a tener en cuenta para sopesar la situación del autor que nos ocupa es que, a diferencia de la acción continuada que posibilitaban los mandos extraordinarios en el campo militar, la acción política en el terreno civil era necesariamente discontinua en virtud de lo estipulado por las normas del *cursus honorum*.<sup>49</sup> En efecto, este es un problema que estaba en el centro del sistema político romano donde las magistraturas tenían un carácter anual y, por lo tanto, no era posible avanzar directamente de una magistratura a otra, lo que implicaba que aquellos que habían detentado cargos elevados, y que podrían detentarlos en el futuro, pasarían extensos períodos sin cargo alguno.<sup>50</sup> A fines de la República, este problema adquirió una nueva dimensión en tanto el fenómeno del mando militar por un tiempo extendido ofrecía a un número reducido de personajes de la vida pública la oportunidad de evitar los períodos fuera de la arena

<sup>44</sup> Cf. Capítulo 2, apartado 4.

<sup>45</sup> Cf. ROSSI (2010: 36); FANTHAM (2004: 4). A propósito de la nostalgia experimentada por Cicerón cada vez que se vio forzado a dejar Italia, cf. HERESCU (1961: 138-140).

<sup>46</sup> Cf. DÉNIAUX (1993: 114). Para estudiar el concepto de *persona* –de fuerte carga ideológica, tanto en la vida cívica romana como en la filosofía estoica–, resulta útil tener en cuenta que el tratado filosófico *de Officiis* (escrito por Cicerón en el año 44 a.C.) lo utiliza para hablar de los roles asumidos por un individuo a lo largo de su vida. Cf., asimismo, DYCK (1996), monumental comentario a este tratado, y el sólido análisis de NARDUCCI (1989: 111-188). Para un estudio reciente sobre la teorización ciceroniana de la *persona* oratoria, cf. GUÉRIN (2011). A propósito del término *persona*, es importante resaltar lo que apunta BARTSCH: “At Rome [...] the word *persona* itself may have had its origins in an originally Etruscan word for ‘mask’, but its normative republican usage away from the actual practice of drama almost always points to a public role that is *not felt to be a concealment* of some truer or inner private self” (2006: 223, cursivas en el original). Cf., asimismo, BARTON (2001: 57). En época de Séneca se produce un cambio en el concepto de *persona*, que vuelve a su significado teatral. Para la metamorfosis semántica del término, cf. BARTON (2001:120) y BARTSCH (2006: 216-229).

<sup>47</sup> Como corresponde a una sociedad tan jerarquizada como la romana, la eficacia política dependía en buena medida del estatus social y de los cargos civiles y militares desempeñados. Cf. Capítulo 1.

<sup>48</sup> Cf. LAURENCE (1994), BIVILLE (2003: 41) y WHITE (2010: 26). A propósito del *rumor* como arma política, véase PINA POLO (1997: 123-147) y PINA POLO (2010), *passim*. Cf., asimismo, Cic., *Q. fr.* 1.2.2; *Ver.*2.1.17; Q. Cic., *Pet.*50 y *Rhet.*Her.2.12.

<sup>49</sup> Cf. PINA POLO (1997: 207).

<sup>50</sup> Cf. STEEL (2005: 13). Esto permite comprender la importancia del concepto de *auctoritas* (HELLEGOUARC’H, [1963] 1972: 295-320), en tanto expresa la idea de que los ex magistrados podían seguir teniendo incidencia en materia política a pesar de no estar ocupando un cargo público.

política, todo lo cual entrañaba un serio problema para alguien como Cicerón, cuya carrera, de manera inusual, no incluía hazañas o méritos militares.<sup>51</sup>

Así pues, en el corpus epistolar delimitado, analizaremos los modos de configuración discursiva de la imagen pública o *persona* ciceroniana diseñados para contrarrestar las dificultades arriba señaladas. El análisis del corpus nos permitirá ver que esta *persona* se va configurando a partir de una serie de rasgos que le están asociados y de las estrategias textuales que los articulan. Por ejemplo, creemos que el consulado<sup>52</sup> ciceroniano puede ser considerado como una suerte de nudo narrativo en la configuración de un retrato personal modélico, cuyo fin es la búsqueda de la *adprobatio*.<sup>53</sup> En efecto, según veremos, éste es el epicentro que organiza la serie de tópicos que lo preceden o lo suceden, entre los cuales cabe destacar, por su importancia en la constitución de la identidad textual: “*nouitas*”, “*eloquentia*”, “*consulatus*”, “*exsilium*” (nunca expresado como tal sino aludido siempre, según veremos más adelante, por medio de perífrasis eufemísticas).<sup>54</sup> De esta manera, intentaremos ofrecer una fenomenología de la autfiguración, procedimiento que nos parece más fecundo en tanto procura no reducir esta operación a ser signo de otra cosa (la intencionalidad del autor o las exigencias del contexto) y se propone captarla en su especificidad textual.

Por otra parte, deseamos contribuir a la superación de los prejuicios arriba señalados, en la medida en que han impedido que se enfocara adecuadamente el estudio de la correspondencia ciceroniana: dos relativos al género (marginalidad y “honestidad” atribuidas sin discusión a lo epistolar), y otro específicamente referido al autor, a saber, el de la “vanidad ciceroniana”, categoría de dudoso rigor científico con la que se clausuró el estudio de un fenómeno antes de intentar analizarlo.<sup>55</sup> Resultará clave para ambos propósitos explorar sucintamente dos textos que, a nuestro juicio, revisten suma importancia a la hora de enfocar los problemas a los que las estrategias epistolares ciceronianas procuran ofrecer una solución: *De Officiis* (visibilidad) y el *Commentariolum Petitionis* (*nouitas*).<sup>56</sup>

<sup>51</sup> Cf. STEEL (2005: 14). Por este motivo, sostiene STEEL, tanto en *de Orat.* como en *Rep.*, Cicerón se propone crear una nueva categoría dentro del pensamiento político romano, a saber, la del estadista (2005: 70).

<sup>52</sup> Como es sabido, dado que Cicerón concedió a su consulado del año 63 a.C. una importancia y un significado extraordinarios, se esforzó por que la posteridad recibiera una historia “correcta” sobre el mismo (VALENCIA HERNÁNDEZ, 1997: 21). Entre los numerosos esfuerzos que realizó para justificar la ejecución sumaria de los catilinaros hay que contar la publicación de sus discursos consulares. Como es sabido, el tema de la publicación de los mismos es una cuestión muy debatida: cf., e.g., MCDERMOTT (1972b) y STEEL (2005: 50-54).

<sup>53</sup> Cf. NARDUCCI (1989: 142).

<sup>54</sup> Cf. Capítulo 3.

<sup>55</sup> El artículo de RUDD puede considerarse como la mejor síntesis de esta postura que, por lo demás, se remonta a la Antigüedad (cf. Quint., *Inst.* 11.1.17; Plu., *Cic.* 24.1). Para un enfoque diferente, véase ALLEN (1954). En el mismo sentido, cf. NICHOLSON (1992: 45); SULLIVAN (1941: 383) y VALENCIA HERNÁNDEZ (1997: 28). A propósito del escaso interés que, hasta ahora, ha despertado el análisis de la economía del elogio en Roma (sea de sí mismo o de otros), especialmente si se lo compara con el estudio de la invectiva, resulta muy interesante el trabajo exploratorio de KASTER (2005b), quien procura corregir este desequilibrio.

<sup>56</sup> Tomamos el primer texto porque en él se ofrece una codificación del comportamiento externo y de las reglas que lo regulan. En efecto, en el libro primero la discusión gira en torno al concepto de *decorum*, crucial para una cultura que concede un valor supremo a la mirada como factor identitario, en tanto “it embodies the notions of both fittingness and visibility” (GRIFFIN y ATKINS, 1991: xlvi). Por su parte, consideramos que para entender el concepto de *nouus homo* resulta de gran interés tener en cuenta el *Commentariolum Petitionis*. Aunque la fecha en que se sitúa es el año 64 a.C., antes de que Cicerón presentara su candidatura al consulado en el año 63, y aunque su supuesto autor es Quinto, desde fines del siglo XIX la autoría y fecha de composición precisa de este opúsculo han sido objeto de acaloradas discusiones, a tal punto que la cuestión ha sido declarada insoluble por algunos estudiosos (DUGAN, 2005: 1, n.1). Con todo, existe consenso en cuanto a que la obra es una fuente histórica confiable para conocer cómo se llevaban a cabo las campañas electorales a fines de la República (SYME, [1939] 1960: 11, n.5; RAWSON, [1975] 2001: 57). Cf., contra, ALEXANDER (2009).

A nuestro juicio, lo que un sector de la crítica ha calificado de “vanidad”, es decir, la evidente inclinación ciceroniana a hablar de sí mismo,<sup>57</sup> puede ser mejor entendido como parte de un conjunto de estrategias textuales de autofiguración destinadas a contrarrestar las desventajas de su condición de *nouus homo* forjando, consolidando y negociando permanentemente con el concurso de sus pares los elementos constitutivos de su identidad social.<sup>58</sup> En tal sentido, consideramos que la autofiguración *per litteras* constituye una suerte de *performance* textual delante de una audiencia que no se agota en el destinatario explícito. En virtud de dicha *performance*, el sujeto lingüístico se va configurando en la medida en que se escribe y anticipa que será leído u oído (según veremos en el Capítulo 2, muchas veces una carta era leída en voz alta ante un número de amigos, que tomaban así conocimiento de novedades de interés general).<sup>59</sup> La escritura de cartas, como metonimia de la escritura en general, es entonces, por su materialidad, su frecuencia y su carácter semi-público e intersubjetivo,<sup>60</sup> un elemento clave de la autofiguración ciceroniana. La importancia de la escritura aumenta si se atiende al recorte del corpus que hemos hecho pues durante las tres etapas elegidas Cicerón es eminentemente un escritor de cartas y, así, la necesidad de que sus acciones resulten visibles en Roma convierte al canal escrito en el *theatrum* donde la *persona* ciceroniana se despliega efectivamente.<sup>61</sup> En otras palabras, si la *existimatio* de las *uirtutes* de Cicerón dependía de su grado de visibilidad, el estar fuera de Roma vuelve necesario ponerlas en juego en el único medio disponible dadas las circunstancias, esto es, a través de la materialidad de la escritura, más aún cuando el estilo era considerado como una extensión del emisor.<sup>62</sup> La idea de que la *persona* de Cicerón se constituye y despliega en sus textos encaja perfectamente con la equivalencia fundamental que los romanos trazaban entre las palabras del orador y su identidad –*talis oratio, qualis uita*.<sup>63</sup> Más aún, sería posible dar un paso más en el trazado de esta equivalencia entre *oratio* y *uita*, y sostener que los romanos de buena educación no podían evitar considerar incluso sus acciones como textos necesitados de glosa permanente.<sup>64</sup> Para dimensionar mejor el alcance de esta afirmación resulta crucial abandonar la idea de que las cartas de un aristócrata como Cicerón podían ser “documentos privados” en el sentido moderno. En efecto, en el mundo antiguo ningún escritor de cartas –no importa cuán confiable fuera su mensajero o cuán sofisticada

<sup>57</sup> Cf. HABICHT (1990: 2).

<sup>58</sup> Cf. WHITE (2010: 83) y HARIMAN (1995: 99).

<sup>59</sup> Cf. LEACH (1999: 143-144). De esta manera, Cic., *Fam.* 5.12 podría ser considerada como un microcosmos del proyecto de autofiguración ciceroniano, no sólo porque en ella el escritor habla de sí mismo como personaje (Cic., *Fam.* 5.12.2) y de los episodios de su vida como *argumentum* (Cic., *Fam.* 5.12.2) o *corpus* (Cic., *Fam.* 5.12.4), cuya lectura podría producir deleite a eventuales lectores, sino también porque en esta carta se ve que este proyecto necesita del concurso de los otros, tanto de Luceyo, a quien Cicerón encomienda la escritura de una monografía sobre su consulado, como de esos eventuales lectores. En efecto, por un lado, el proyecto de autovindicación necesita apoyarse en la *auctoritas* del historiador y, por otro, la escritura no puede prescindir de la lectura en tanto la búsqueda de consenso constituye la base del accionar político y literario ciceroniano (HARIMAN, 1989: 146).

<sup>60</sup> Cf. MARTÍN RODRÍGUEZ (1991). Cf., asimismo, BARTON (2001: 232) y EDWARDS (1993: 17).

<sup>61</sup> Cf.: “[...] we are looking for ‘Cicero’, and this is a complex object that is not fashioned in one specific locus and then manifested as a produced product elsewhere. Instead ‘Cicero’ emerges via a process of ‘self-fashioning’ that takes place in the forum and *on the page*. Moreover different genres offer different opportunities for this self-fashioning and accordingly complicate one another when juxtaposed” (GUNDERSON, 2006: 246, las cursivas son nuestras).

<sup>62</sup> Sin embargo, la *performance* social a través de la escritura no estaba exenta de peligros, pues si bien lo escrito acrecienta el renombre de un autor al extenderlo tanto en el tiempo como en el espacio, en la sociedad romana suponía también una desventaja en la medida en que separaba al autor de su texto, disminuyendo la importancia de la presencia personal, sobre la cual se fundaba el poder aristocrático (HABINEK, 1998: 103). Para excelentes estudios sobre la escritura en el s.I a.C., cf. RAWSON (1985: 38-53) y HABINEK (1998: 103-121).

<sup>63</sup> Cf. DUGAN (2005: 2-3). Cf., en este sentido, el modo en que Quintiliano se refiere a Cicerón: *iam non hominis nomen, sed eloquentiae* (*Inst.* 10.1.112). A propósito del trazado de esta equivalencia, resulta muy interesante un artículo de KASTER (1998), que se ocupa de analizar el proceso a través del cual Cicerón, en tanto figura histórica, se convirtió en el ícono cultural “Cicerón”.

<sup>64</sup> Cf. BUTLER (2002: 112).

fuera la codificación de su mensaje— podía estar seguro de que su carta no sería interceptada y puesta a circular en público.<sup>65</sup>

Otra cuestión que nos interesa adelantar es que el análisis de las estrategias de autofiguración ciceroniana no arrojará como corolario ninguna totalidad o esencia pues la índole del género epistolar determina que la configuración del sujeto lingüístico no se produzca más que de forma fragmentaria.<sup>66</sup> De esta manera, la construcción de la identidad ciceroniana se nos ofrece más como un proceso dinámico que como un conjunto fijo de atributos característicos. Así, según veremos, las cartas analizadas no nos revelarán tanto lo que Cicerón *fue*, es decir, el modo en que se percibía a sí mismo (identidad individual) o cómo era categorizado por la sociedad (su identidad social), sino la imagen que él proyectaba de sí mismo en una situación precisa, es decir, una imagen por definición cambiante, múltiple e incesantemente negociable con el concurso de los otros.

### 3. Precisiones teórico-metodológicas

Con vistas a intentar superar el modo disyuntivo en que —según ya indicamos— la correspondencia ciceroniana ha sido leída hasta fecha reciente, parece oportuno comenzar enumerando una serie de cuestiones a tener en cuenta a la hora de abordar el epistolario ciceroniano: mientras que a fines de la República la comunicación era predominantemente de carácter oral y público,<sup>67</sup> las cartas tenían un carácter semi-público; a diferencia de otras epístolas que nos han llegado de la Antigüedad, las de Cicerón son cartas “reales”, esto es, cartas escritas, en principio, para ser leídas por sus destinatarios explícitos.<sup>68</sup> Por otro lado, si bien no existe un consenso absoluto en este aspecto,<sup>69</sup> no caben dudas de que la gran mayoría de las cartas del arpinate deben ser consideradas al mismo tiempo como artefactos literarios.<sup>70</sup> En efecto, en tanto las habilidades lingüísticas y retóricas asumían una importancia clave a la hora de configurar la propia *persona*<sup>71</sup>, Cicerón y la mayoría de sus corresponsales escribían en un nivel de lengua sumamente elevado dado que existía un vínculo

<sup>65</sup> Para la interceptación de cartas en la literatura grecolatina, cf. JENKINS (2006). A propósito de las relaciones entre las esferas privada y pública en la sociedad romana, cf. RIGGSBY (1998: 83); BARTON (2001: 21); BURCKHARDT (2003) y STOWERS (1986: 18-20). Este último autor señala que instituciones como la familia y la amistad, que actualmente se conciben como privadas, estaban altamente politizadas en la Antigüedad.

<sup>66</sup> En la carta, más que en ningún otro género, la identidad es eminentemente textual y de carácter performativo, por lo tanto, provisional. A propósito de los riesgos de falsificación o deformación que implica toda escritura, cf. MIRAUX ([1996] 2005: 15-16). Cf. EBBELER (2001: 221): “The dialogism of letter-writing further underscores the instability of meaning. Because the form itself always leaves open the possibility of a response, closure is endlessly deferred and truth is decentered”. LEACH explica esta imposibilidad de completitud en términos psicoanalíticos: “The desiring subject must always perceive itself as imperfect and incomplete. [...] Cicero’s position can appear virtually paradigmatic of the Lacanian subject of desire, so that the images he constructs for the eyes of his correspondents will appear less like stable portraits than mirrors wistfully reflecting an absent self through the very gesture of assimilating that self to another” (1999: 146).

<sup>67</sup> En este sentido, Cicerón identifica tres audiencias posibles para el orador: el Senado, los *iudices* y el *populus* (MAY, 2002: 55).

<sup>68</sup> CLAASSEN considera que las cartas de Cicerón nos ofrecen un ejemplo de “epístola primaria”, esto es, “[...] those letters where model and empiric writer coincide, as do model and empiric readers, and where later readers were involved only as secondary consideration or by mere chance” (1999: 77). En el tratamiento del doble destinatario en materia epistolar la terminología tiene un margen de fluctuación: por ejemplo, ALTMAN sostiene —a partir de la distinción de GENETTE entre “narratario intradieгético” y “narratario extradieгético”— que en toda carta pueden diferenciarse un “lector interno” y un “lector externo” (1982: 112); a propósito de las *Epistulae* de Horacio, OLIENSIS se refiere a los destinatarios implícitos como “overreaders” (1998: 6).

<sup>69</sup> GUNDERSON (2007: 4).

<sup>70</sup> Para evitar tediosas discusiones respecto de qué es exactamente la literatura diremos simplemente que se advierte en las cartas una forma de escribir en la que el lenguaje empleado atrae sobre sí su atención, haciendo gala de su materialidad, rasgo que JAKOBSON identifica como una marca inequívoca de lo literario (EAGLETON, [1983] 1998: 5).

<sup>71</sup> Cf. DUGAN (2005: 131, n. 201).

estrecho entre autopresentación y estilo.<sup>72</sup> Por último, aunque no hay evidencias que permitan concluir que hubiera en Roma una instrucción formal en materia de convenciones epistolares, es imposible no advertir que las cartas permitían lidiar de manera eficaz con toda una compleja red de compromisos sociales.

Con el repaso de estas consideraciones esperamos mostrar que una valoración más exacta de la correspondencia ciceroniana no puede obviar que se trata de un corpus de naturaleza compleja, dotado, por un lado, de una *dimensión retórico-literaria*<sup>73</sup> y, por el otro, de una *dimensión sociolingüística* (dimensiones distinguibles únicamente de manera teórica, que en la práctica se hallan fuertemente imbricadas).<sup>74</sup> En otras palabras, el análisis de la sofisticación literaria de las cartas ciceronianas no debe perder de vista en ningún momento su esencial historicidad. Dado su carácter bifronte, parece adecuado enfocar este corpus con un marco teórico igualmente doble: así, para abordar la faz retórico-literaria de las cartas, tendremos en cuenta una serie de trabajos recientes sobre retórica latina que consideran que, en la antigua Roma, la retórica fue, más que un sistema teórico para asegurar la persuasión, un auténtico fenómeno cultural o, más precisamente, una forma de aculturación, cuyo influjo se manifestó más allá de la esfera pública, tanto en la construcción de la identidad social y genérica de los miembros de la élite como en el desarrollo de la literatura latina.<sup>75</sup> Creemos que esta concepción de la retórica –que tiene puntos de contacto con el modo en que las prácticas discursivas son entendidas por FOUCAULT, esto es, como modos de producir interpretaciones dominantes de la “realidad” fuera de las cuales resulta virtualmente imposible pensar y hablar<sup>76</sup>– pone en jaque la cuestión de la intencionalidad del autor, categoría que, como ya hemos señalado, ha perdido consenso académico. Por otra parte, aunque la relación con el mundo referencial sólo existe indirectamente, a través de la mediación escritural, consideramos que no es posible analizar un texto sin articularlo con lo social, entendido ya como situación de enunciación, institución, estructura social, condiciones de producción, esferas de la vida social o, más sencillamente, contexto. Y en tanto el género es la categoría que, a título de “institución discursiva”, permite articular lo social y lo lingüístico, desbaratando toda exterioridad simple entre “texto” y “contexto”, nuestro análisis pondrá el énfasis en el hecho de que lo que estamos analizando son cartas y no tratados o discursos forenses.<sup>77</sup>

Para abordar la dimensión sociolingüística de nuestro corpus, dado que consideramos que las cartas de Cicerón pueden ser leídas al mismo tiempo como *actos de cortesía*, en el sentido amplio de que están orientadas a la promoción o protección de la imagen pública del sujeto lingüístico, apelaremos a las teorías surgidas en el campo de la pragmática conocidas como “teorías de la

<sup>72</sup> Cf. LEACH (1999: 140, n.2).

<sup>73</sup> En la Antigüedad clásica, “retórica” y “literatura” no eran dos dominios claramente opuestos: “[...] rhetoric [...] was experienced primarily in the context of a live performance, a form of communication that presupposes an interaction between speaker and audience. Literature, on the other hand, often revolved around a private act of reading. The contrast, however, should be thought of as a fluid spectrum rather than a polarity” (FOX, 2007: 370). Por lo demás, como apunta HABINEK, conviene tener presente que, en Cicerón, política y literatura están estrechamente relacionadas en tanto “[...] literature is politics by other means” (1998: 13).

<sup>74</sup> Coincidimos con GUNDERSON cuando afirma que el problema que proponen las cartas ciceronianas no ha sido, hasta ahora, bien enfocado: “[...] almost nobody has acknowledged that they were using literary modes to produce their historical knowledge. *The real problem would seem to be precisely the assumption of an either-or* that makes the letters now literary and now documentary but never both at the same time” (2007: 3, las cursivas son nuestras).

<sup>75</sup> Cf. DOMINIK y HALL (2007: 3) y DUGAN (2007: 16). Cf. SINCLAIR (1993: 561): “Rhetoric at Rome was not only a means of persuasion, it was also an opportunity for the would-be statesman, for the newcomer who could convincingly ‘speak the language’ of his social superiors [...]”. Remitimos al Capítulo 1 para un análisis más detallado de esta cuestión.

<sup>76</sup> Cf. FOUCAULT ([1969] 2002:153-154).

<sup>77</sup> A propósito del género como “institución discursiva”, cf. ARNOUX ([2006] 2009: 15-17). Cf., asimismo, CONTE (1994: 112-113) y LAIRD (1999: 307).

cortesía”.<sup>78</sup> El concepto de *imagen pública* –(en inglés, “*face*”) acuñado por GOFFMAN y retomando con significativos cambios por BROWN y LEVINSON<sup>79</sup>– se aplica a la propia imagen pública proyectada en las interacciones sociales. En cualquier intercambio esta imagen pública puede perderse, preservarse o mejorarse.<sup>80</sup> Si bien el paradigma dominante en este campo de estudios es el modelo de BROWN y LEVINSON,<sup>81</sup> nos interesará considerar también el sentido que la *imagen pública* tiene en la teoría de la interacción social desarrollada entre 1950 y 1960 por el sociólogo canadiense E. GOFFMAN, por considerarlo más apropiado para la cultura romana. Para este autor, la imagen pública puede definirse como la valoración social positiva que una persona reclama para sí misma de acuerdo con el papel que otros suponen que ella ha asumido en una determinada interacción. La imagen pública es, entonces, una imagen del yo delineada en términos de atributos sociales valorados.<sup>82</sup> Como puede advertirse a partir de esta definición, para GOFFMAN la imagen pública no es algo anterior al intercambio comunicativo sino que viene dado desde afuera y es posterior a él; se trata entonces de algo que es “propiedad pública”, que se realiza únicamente en la interacción social y que necesita del concurso de los otros.<sup>83</sup> Mientras que la teoría de BROWN y LEVINSON es más afín a las culturas occidentales, que tienden a internalizar las virtudes y disociarlas de su contexto social, la conceptualización de GOFFMAN está más cerca de las consideraciones éticas de la sociedad romana, cultura obsesionada con la reputación en la cual lo que define a un *uir bonus* es la valoración que hace de él la comunidad.<sup>84</sup>

GOFFMAN, quien ha estudiado el fenómeno de la interacción cara a cara comparándolo con el juego y la actuación, sostiene que, al igual que en un juego de ajedrez, la interacción oral involucra movimientos estratégicos por parte de cada jugador, tanto de anticipación de los movimientos del oponente como de defensa ante un posible ataque. De modo similar, los participantes en una conversación construyen una imagen adecuada a las circunstancias peculiares de una determinada interacción.<sup>85</sup> Así, para GOFFMAN, la identidad es de índole performativa en tanto no es anterior a un determinado intercambio comunicativo sino que se constituye a través de la *performance* ante una determinada audiencia, esto es, ante los otros participantes en la interacción. Aunque los desarrollos de este autor están pensados fundamentalmente para interacciones orales, consideramos que su idea de que la identidad es construida socialmente puede aplicarse sin inconvenientes a formas textuales de interacción. Nos interesa insistir especialmente en el carácter performativo y eminentemente social

<sup>78</sup> Cf. ESCANDELL VIDAL ([1996] 2006: 141-160); CALSAMIGLIA BLANCAFORT y TUSÓN VALLS (1999: 157-182). Existe una enorme variedad de modelos teóricos sobre la cortesía, en apariencia, sumamente divergentes. En este sentido, resulta clave el trabajo realizado por ELEN (2001), pues muestra el sustrato común a los diferentes modelos.

<sup>79</sup> Cf. BROWN y LEVINSON (1987: 61).

<sup>80</sup> El modelo de BROWN y LEVINSON (1978; 1987) se inspira en GOFFMAN; fundamentalmente, toma de él las nociones de “territorio” e “imagen”, respectivamente rebautizadas por estos autores como “imagen negativa” e “imagen positiva”. Estos autores suponen que los actos que nos vemos llevados a producir en la interacción con los otros son en su mayoría “amenazadores” en algún aspecto para una u otra imagen de los participantes presentes: se trata de los “Face Threatening Acts” (FTAs). Los participantes en la interacción procurarán reducir al mínimo las amenazas a sus respectivas imágenes a través de una serie de estrategias que, o bien procurarán fortalecer la fachada positiva del destinatario, es decir, el deseo de ser apreciado por los demás, y de que otros compartan sus mismos deseos (*cortesía positiva*); o bien tratarán de evitar cualquier transgresión a la libertad de acción del destinatario y a su derecho a no sufrir imposiciones (*cortesía negativa*). BROWN y LEVINSON realizan un inventario de estas diferentes estrategias a las que el locutor puede recurrir en función de tres factores: el nivel de gravedad del FTA, la “distancia social” que existe entre los participantes, y su relación de poder (1987: 61-71).

<sup>81</sup> El estudio de HALL (2009) se basa fundamentalmente en este modelo.

<sup>82</sup> Cf. GOFFMAN (1967: 5).

<sup>83</sup> Cf. WATTS (2003: 107).

<sup>84</sup> Cf. GRIFFIN y ATKINS (1991: xlv).

<sup>85</sup> Cf. GOFFMAN (1967: 5-46).

con que este estudioso caracteriza la configuración de la identidad dado que se corresponde muy bien con nuestro modo de concebir la autfiguración.

Otro punto que nos interesa dejar claro es que, en nuestro enfoque, la retórica y la cortesía epistolar no serán dos variables impuestas desde dos exterioridades discursivas (a saber, el individuo psicofísico o el contexto social), sino dos modalidades de la autfiguración, cuyo epicentro no es el individuo psicofísico sino el sujeto lingüístico, que es correlativo con procesos de significación y reconstruible sólo a partir de ellos.<sup>86</sup> Se trata entonces de un segundo tipo de subjetividad, efecto del discurso más que origen autosuficiente del mismo. De acuerdo con esto, es inexacto representarse al emisor como alguien que para confeccionar su mensaje elige libremente tal o cual ítem léxico, tal o cual estructura sintáctica, tomándolos del acervo de sus aptitudes lingüísticas, y abreva en este inmenso depósito sin otra restricción que “lo que tiene que decir”. Por el contrario, existen filtros que constriñen las posibilidades de elección: restricciones del “universo del discurso” (condiciones concretas de la comunicación y limitaciones estilístico-temáticas), determinaciones “psi”, y competencias ideológicas y culturales.<sup>87</sup> Asimismo, los datos situacionales no son pertinentes más que bajo la forma de “imágenes”, de representaciones, que los sujetos enunciadorees construyen a partir de ellos, en tanto no se habla o escribe a un destinatario real, sino a aquello que se cree saber de él, mientras que el destinatario decodifica el mensaje en función de lo que él cree saber del emisor.<sup>88</sup>

Tras estas consideraciones, resta aclarar que nuestra concepción de la autfiguración debe mucho también a la propuesta que, desde el análisis del discurso, formula AMOSSY (2010), quien concibe la identidad como co-construida en el intercambio social. Su hipótesis de base es que la presentación de sí, o lo que la tradición retórica llama “*ethos*”, es una dimensión constitutiva del discurso.<sup>89</sup> En cuanto tal, se encuentra en relación dinámica con las otras dimensiones constitutivas: está anclada en la enunciación, funciona dialógicamente y está dotada necesariamente de una dimensión argumentativa.<sup>90</sup> De acuerdo con esto, el locutor construye en su discurso una imagen de sí al mismo tiempo que se constituye como sujeto; por otra parte, es a través de esta imagen que él se identifica, es decir, que se da a ver de un modo que permite situarlo socialmente y distinguirlo individualmente por sus rasgos particulares. Con todo, como ya señalamos, la imagen que el locutor proyecta de sí no depende únicamente de una programación deliberada sino que se nutre de

---

<sup>86</sup> Al poner el énfasis en el sujeto lingüístico nuestro enfoque recoge y se propone superar las críticas de que han sido objeto los trabajos que giran en torno a las estrategias de “*self-fashioning*”, en tanto éstas se fundan, en última instancia, en la *intentio auctoris* (GUNDERSON, 2006: 247). En este sentido señala GUNDERSON: “[...] but we must not see in the rhetorical *persona* a mere mask that is simply manipulated by some other more primary and more true self” (2007: 9, n. 34). Más adelante, precisa: “This Cicero is a specifically epistolary Cicero. This is more than mere ‘self-fashioning.’ While that phrase is a useful one, it is a false *familiaris* if it allows us to pre-assume the self that does the fashioning. Any such assumption can allow the new historicism to reinstate the worst vices of the old: the autonomous, centered subject again reigns supreme. Indeed this character is further romanticized: the self becomes its own ‘strong author’” (2007: 44). Es así como DUGAN (2005), que, por lo demás, propone un modo especialmente productivo de leer tanto la práctica como la teoría retórica ciceroniana, incurre en este mismo defecto, como señala GUNDERSON: “Much of *Making a New Man* is an argument that tells us about Cicero precisely because we pay such close attention to ‘Cicero’, a character staged by a certain kind of self-fashioning author” (2006: 248).

<sup>87</sup> Cf. KERBRAT-ORECCHIONI ([1980] 1997: 25).

<sup>88</sup> Cf. KERBRAT-ORECCHIONI ([1980] 1997: 36).

<sup>89</sup> AMOSSY se concentra en la dimensión lingüística de la presentación de sí, dejando de lado los aspectos no verbales de la misma. Al cruzar las nociones de “presentación de sí”, tomada de la sociología de GOFFMAN, y de “*ethos*”, tomada de la retórica y del análisis del discurso, se propone ofrecer una visión panorámica que permita mostrar la continuidad y la homogeneidad global de una cuestión (2010: 6).

<sup>90</sup> Cf. AMOSSY (2010: 41-42).



representaciones sociales.<sup>91</sup> En otras palabras, la imagen de sí que construye el “yo” es, por definición, dialógica, en tanto está atravesada por la palabra del otro.<sup>92</sup> Otro concepto de AMOSSY del que nos serviremos a lo largo de nuestro trabajo es el de “*ethos* previo”, definido por la autora como “la reputación personal del sujeto hablante, que orienta a priori el modo en que éste será percibido”.<sup>93</sup> Creemos que esta noción resulta especialmente fecunda para abordar la retórica romana en la medida en que ésta, a diferencia de la griega, tiene en cuenta la reputación y no sólo lo que el orador construye en su discurso.<sup>94</sup>

#### 4. Organización de los siguientes capítulos

Nuestro trabajo se organizará en dos partes y se dividirá en cinco capítulos. La primera parte incluye dos capítulos de carácter teórico, que deben considerarse propedéuticos a los tres siguientes. En el primero, analizaremos los dos componentes de nuestro marco interpretativo, esto es, la condición de *nouus homo* de Cicerón y la cuestión de la importancia de la visibilidad de las acciones en el contexto de la puja por el poder entre los principales actores de la escena política de la Roma tardorrepública. En el segundo, presentaremos las principales características del género epistolar en Roma y del epistolario ciceroniano. Seguidamente, en los tres capítulos que integran la segunda parte, nos dedicaremos al análisis del corpus elegido. En la primera parte de cada uno de ellos, expondremos brevemente la situación de comunicación particular de la cual emergen las cartas estudiadas, es decir, los hechos históricos o el contexto de comunicación que sirve de marco a las cartas, a los fines de proporcionar datos imprescindibles para la selección de las entradas al texto y señalar las estrategias y operaciones de autofiguración de un sujeto históricamente situado. Para esto, tendremos en cuenta que la distinción entre *facta* o historia y textos, bien mirada, carece de sentido, en la medida en que la historia sólo es accesible por vía discursiva.<sup>95</sup> Para finalizar, extraeremos las conclusiones pertinentes en relación con los objetivos que nos hemos trazado.

<sup>91</sup> De acuerdo con AMOSSY, lo que permite repensar la noción del *ethos* de la retórica tradicional es la propuesta de GOFFMAN, quien postula que la presentación de sí, pivote de toda interacción social (incluso de la más trivial e íntima), no tiene necesidad de ser consciente y programada. En efecto, en la medida en que la presentación de sí está sometida a una regulación socio-cultural, pues es modelada sobre roles y rutinas, es decir, por esquemas sociales preestablecidos, sobrepasa en gran medida la intencionalidad del sujeto actuante (2010: 32).

<sup>92</sup> A nuestro juicio, la propuesta de AMOSSY permite resolver el aparente dilema que se nos presenta luego de leer los trabajos de HUTCHINSON (1998) y HALL (2009), a saber, ¿cómo el “yo” puede ser un producto del lenguaje que lo estructura y de las fuerzas sociales que lo modelan (HALL, 2009) y al mismo tiempo un sujeto intencional capaz de actuar sobre el otro y, en consecuencia, sobre el mundo real (HUTCHINSON, 1998)? Para salir de esta aporía, AMOSSY propone considerar que las determinaciones sociodiscursivas y la agentividad no se sitúan en el mismo plano: por un lado, el sujeto hablante está necesariamente condicionado por los códigos de la lengua, por los discursos circundantes y por determinaciones ideológicas, institucionales y culturales; por otro lado, el hecho de que el sujeto sea hablado por los códigos lingüísticos y modelado por el discurso social no significa que no participe activa y plenamente de la dinámica del intercambio, proyectando un *ethos* que le permite entrar en relación con el otro e intentar que éste comparta sus modos de ver (2010: 107).

<sup>93</sup> Cf. AMOSSY (2010: 73).

<sup>94</sup> Cf. AMOSSY (2010: 19): “L’*ethos* renverrait avant tout à l’homme que prend la parole et à l’image que s’en font les auditeurs en fonction de ses actes passés. Cette idée [...] prévaudra aussi dans la conception romaine de l’éloquence: l’orateur est un *uir boni dicendi peritus*, dira Cicerón, un homme qui joint au caractère moral la capacité à manier le verbe”.

<sup>95</sup> Cf. FOWLER (2000: 120): “Texts cannot relate to historical events or institutions but only to stories about those events and institutions, whether told by ancients or by moderns”.